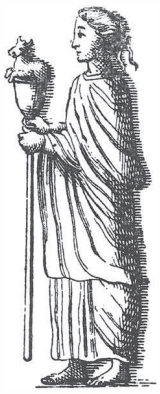
GRANJA

(Gauguin)

A Juana Mordó.

SON pisadas descalzas, de humedad, que se acercan
aún pisadas de niña (sus flacas piernecillas,
sus hombritos huesudos), de un corral y sus tapias,
sus piedras y matojos, sus fachadas inválidas,
sus colores inmóviles, apagados: un verde
pastoso, casi oscuro, y un gris amarillento,
y un azul lentamente convertido en violeta.
Colores como estiércol de vida campesina.
(Son monótonos, sucios, y algo más que esa vida).
Colores indecisos: de poseer un poco
y dormir con insomnios de avaricia y pobreza.
Desde dentro de tercas miradas rutinarias,
no se atreven, y dudan —dicen: no— y se resignan.
Quisieran levantarse, resplandecer de pronto
de rojo y amarillos violentos, pero insisten
los que están enterrados debajo, y se retiran
a un tranquilo recinto de pardos y de lilas.
(Y sin embargo siguen pujando, insinuando
su pulso entre las horas laboriosas). Hay troncos
limpiamente partidos y un árbol vivo en única
llamarada de otoño bajo el cielo lluvioso.
Hay un perro pacífico (que tal vez es un fiero
mastín, con las orejas cortadas), y las ramas
desnudas de otros árboles más altos, y pisadas
que ya no son de niña, que ya no son de arisca
mozuela mal vestida, ni de novia peinándose
feliz o madre joven. No se alejan, en sueños,
ni se asustan, furtivas, de ladridos aislados
en la noche. Se quedan —ay, para siempre— y suben
cansadas la escalera: son de madre ya vieja
con los hijos lejanos, desgranando mazorcas
de maíz (con goteras, y un muro —y sus pequeñas

ventanas de cristales rajados— que se agrieta),
y mojando en la sopa caliente su borona.
Son de abuela o de madre repetida, ya muerta
(negro el vestido y blanca la cofia junto al pozo,
menuda y rodeada por los mismos palomos).
O de padre y hermanos enterrados debajo
de estos mismos colores sin prisa, con sus vetas
sospechadas y mágicas: sus fantasmas de espalda
al mañana e idénticos minutos de ese tiempo
donde siguen sufriendo los vivos y los muertos.



LUIS FELIPE VIVANCO